

D. H. LAWRENCE
LA MANZANA
DE CÉZANNE

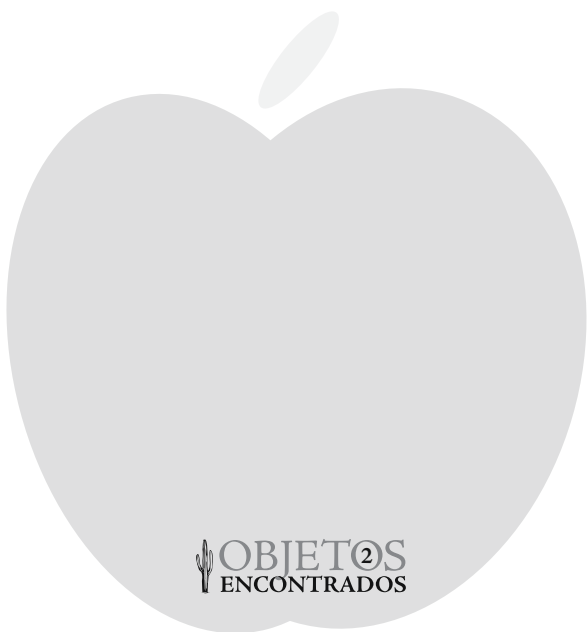
Escritos sobre pintura

D. H. LAWRENCE

LA MANZANA DE CÉZANNE

Escritos sobre pintura

Traducción de Valentín Huarte



 **OBJETOS**²
ENCONTRADOS

Lawrence, D. H.

La manzana de Cézanne: escritos sobre pintura / D. H. Lawrence; Compilación de Pablo Ariel Ires - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Cactus, 2026. 96 p.; 18 x 11 cm - (Objetos encontrados; 2)

Traducción de: Valentín Huarte

ISBN 978-631-6714-03-9

1. Pintura. 2. Estética. 3. Historia del Arte. I. Ires, Pablo Ariel, comp. II. Huarte, Valentín, trad. III. Título.

CDD 750

Título original: *Introduction to these Paintings / Making Pictures / Pictures on the wall*

Autor: David Herbert Lawrence (1929)

Esta edición © Editorial Cactus, 2026

Traducción: Valentín Huarte

Maquetación: Manuel Adduci

Impresión: Talleres Gráficos Elías Porter y Cía. SRL

ISBN: 978-631-6714-03-9

IMPRESO EN LA ARGENTINA * * * PRINTED IN ARGENTINA

www.editorialcactus.com.ar

info@editorialcactus.com.ar

Índice

Introducción a estas pinturas	7
Hacer pinturas	67
Pinturas en las paredes	77

Introducción a estas pinturas

El motivo por el que los ingleses producen tan pocos pintores no es que, como nación, estén faltos de un sentimiento genuino por el arte visual: aunque, al observar sus producciones y el desastre en el que se ha convertido el paisaje inglés actual, en verdad podría concluirse que alguna vez lo tuvieron, y dejarlo así. Pero no es culpa del Dios que los creó. Fueron creados con las mismas sensibilidades estéticas que cualquiera. La culpa está en la actitud de los ingleses hacia la vida.

Los ingleses, y los estadounidenses después de ellos, están paralizados por el miedo. Esto es lo que frustra y distorsiona la existencia anglosajona, esta parálisis del miedo. Frustra la vida, distorsiona la visión y estrangula el impulso: este miedo avasallador. Pero, por el amor de Dios, ¿miedo a qué cosa? ¿A qué le teme tanto la estirpe

anglosajona hoy? Debemos responder a esta pregunta antes de poder comprender el fracaso de los ingleses en las artes visuales; porque en términos generales, se trata de un fracaso.

Es un miedo antiguo, que parece hundir sus raíces en el alma inglesa de la época del Renacimiento. Nada podría ser más intrépido y encantador que Chaucer. Pero Shakespeare ya está enfermo de miedo, miedo a las consecuencias. Este es el fenómeno extraño del Renacimiento inglés: este terror místico a las consecuencias, las consecuencias de la acción. Italia también tuvo su reacción, a fines del siglo xvi, y mostró un miedo similar. Pero no tan profundo, tan avasallador. Aretino era todo menos temeroso: era audaz como cualquier novelista del Renacimiento, y se convirtió en uno de los mejores.

Lo que pareció apoderarse de la conciencia moderna del norte a fines del siglo xvi fue cierto terror, casi un espanto ante la vida sexual. Por más grandiosos que los consideremos, los primeros fueron los isabelinos. El “repliegue mortal” en Hamlet es completamente sexual, es el espanto del joven ante el incesto de su madre: el sexo es portador de un espanto salvaje y sin nombre que creo que nunca antes había cargado. Edipo y Hamlet difieren mucho en este sentido. En Edipo no hay repliegue en el espanto ante el sexo. El drama griego nunca nos muestra esto. El espanto, cuando aparece en la tragedia griega, es el espanto ante el *destino*, se trata del hombre atrapado en los arduos trabajos del destino. Pero en el Renacimiento, particularmente en Inglaterra, el espanto es sexual. A Orestes lo persigue el *destino* y las Euménides

lo vuelven loco. Pero a Hamlet lo domina la repugnancia espantosa ante su conexión física con su madre, que lo hace replegarse con una repugnancia similar ante Ofelia, y casi que también ante su padre, aun cuando este sea un fantasma. Lo espanta la mera insinuación de la conexión física, como si se tratara de una corrupción innombrable.

No cabe duda de que todo esto se produce en el curso del desarrollo de la conciencia “mental-espiritual” a expensas de la conciencia instintiva-intuitiva. El hombre llegó a tener su propio cuerpo en el espanto, especialmente en sus implicaciones sexuales: y así empezó a suprimir con toda su fuerza su conciencia instintiva-intuitiva, tan radical, tan física, tan sexual. La poesía caballeresca, poesía de amor, ya está desprovista de cuerpo. Donne, después del entusiasmo exacerbado de repugnancia-atracción de sus primeros poemas, se convierte en teólogo. “Bebe por mí solo con tus ojos”, canta el caballero: una expresión inverosímil en la poesía de Chaucer. “No podría amarte, querida, tanto / si el honor no amara más”, canta el caballero amante. En Chaucer el “querida” y el “honor” habrían sido más o menos idénticos.

Pero la gran ruptura en la conciencia humana había comenzado con los isabelinos, replegándose violentamente la conciencia mental de la física, instintiva-intuitiva. Para los dramaturgos de la Restauración el sexo es, en su conjunto, un asunto sucio, pero un poco se enorgullecen de la suciedad. Fielding intenta en vano defender al viejo Adán. Richardson con su pureza como calicó y sus entusiasmos como ropa interior barre todo lo que encuentra. Swift delira con la repugnancia del sexo

y del excremento. Sterne arroja con humor a su alrededor un poco de este mismo excremento. Y la conciencia física canta su última canción con Burns, y luego muere. Wordsworth, Keats, Shelley, las Brontë, son todos poetas *post mortem*. El cuerpo instintivo-intuitivo esencial está muerto, y se lo adora en la muerte: todo muy enfermizo. Incluso Swinburne y Oscar Wilde intentan iniciar una resurrección partiendo del campo mental. Los “muslos blancos” de Swinburne son puramente mentales.

Ahora bien, en Inglaterra –y después, en Estados Unidos– no era simplemente que se tapara o suprimiera el ser físico en público, como sucedía en Italia y la mayor parte del continente. En Inglaterra despertaba un espanto y un terror extraños. Y creo que esta morbilidad adicional provenía del enorme impacto de la sífilis y la comprensión de las consecuencias de la enfermedad. Viniera de donde viniera, la sífilis, o la “buba”, era bastante nueva en Inglaterra a fines del siglo xv. Pero hacia finales del xvi los estragos que causaba eran evidentes, y su impacto había penetrado en la conciencia imaginativa y pensativa. Las familias reales de Inglaterra y Escocia eran sifilíticas, Eduardo VI e Isabel nacieron con las consecuencias hereditarias de la enfermedad. Eduardo VI murió a causa de la sífilis cuando todavía era un niño. María murió sin hijos y en una depresión absoluta. Isabel no tenía cejas, se le arruinaron los dientes. Pobrecita, se debe haber sentido completamente incapacitada para el matrimonio. Este era el espanto macabro que había detrás de la gloria de la reina Bess. Así se extinguieron también los Tudor, y otro desafortunado sifilítico de

nacimiento llegó al trono en la persona de Jacobo I. La reina María I de Escocia aparentemente no tuvo mejor suerte que los Tudor. Aparentemente Darnley estaba apestado con la buba, aunque es probable que al principio no lo supiera. Pero cuando el arzobispo de St. Andrews estaba bautizando a su bebé Jacobo, que se convertiría en Jacobo I de Inglaterra, el viejo clérigo chorreaba tanto la buba que ella sintió terror de que se la contagiara al niño. Y no debería haberse preocupado, porque el niño condenado había venido al mundo con la enfermedad, que había recibido del idiota de Darnley. Así que Jacobo I de Inglaterra babeaba y rengueaba, y era el idiota más sabio de la cristiandad, y los Estuardo también se extinguieron, con su estirpe debilitada por la enfermedad.

Dada esta condición de las familias reales de Inglaterra y Escocia podemos hacernos una idea de cómo habrán sido las casas reales, la nobleza de estos países, entregada a la vida libre y el placer promiscuo. Inglaterra comerciaba con Oriente y con América; Inglaterra, sin saberlo, le había abierto las puertas a la enfermedad. La aristocracia inglesa viajaba y tenía un gusto curioso en el amor. Y la buba entró en la sangre de la nación, particularmente de las clases altas, que tenían más probabilidades de infectarse. Y después de haber entrado en la sangre entró en la conciencia, y afectó la imaginación vital.

Es posible que los efectos de la sífilis y la comprensión consciente de sus consecuencias hayan tenido un gran impacto en la psiquis española, precisamente durante este periodo. Y es posible que la sociedad italiana, que en general no viajaba tanto, que no tenía conexión con

América y estaba tan privadamente autocontentida, haya sufrido menos la enfermedad. Alguien debería hacer un estudio minucioso de los efectos de la buba en las mentes y emociones y en la imaginación de los distintos países de Europa más o menos en la misma época de nuestros isabelinos.

El efecto aparente que tuvo en el humor de los isabelinos y de la Restauración es curioso. Parecen haberse tomado todo el asunto como un chiste. El insulto común “¡Que te dé la buba!” no era tan divertido. ¡Pero era tan común! La palabra “buba” estaba en todas las mentes, en todas las bocas. Es una de las palabras que acechan el discurso isabelino. ¡Se la asumía con mucha hombría, con una gran cuota de fingimiento falstaffiano, se la trataba como un chiste inmenso! ¡La buba! ¡¿Por qué tiene la buba?! ¡Ja, ja! ¡¿Qué habrá estado haciendo?!

Los hombres comunes de hoy tienen exactamente la misma actitud con respecto a las enfermedades sexuales menores. Según mi experiencia, ya no se considera a la sífilis como un chiste. La palabra misma asusta a los hombres. Podías hacer un chiste con la palabra “buba”. No puedes hacerlo con la palabra “sífilis”. El cambio de palabra ha matado el chiste. Pero los hombres todavía se ríen del *goteo*, que es una enfermedad sexual menor. Pretenden pensarla varonilmente, aun teniendo o habiendo tenido la enfermedad. “¡¿Qué?! ¡¿Nunca tuviste una dosis del *goteo*?!”, le grita un caballero a otro. “¡¿Cómo?! ¡¿Dónde pasaste toda tu vida?!”. Si cambiáramos la palabra e insistiéramos en “gonorrea”, o lo que sea, en vez de “goteo”, el chiste moriría. Y, de cualquier modo,

se me han acercado jóvenes pálidos y temblorosos, con miedo de haber recibido “una dosis del goteo”.

Ahora bien, pese a todos los chistes isabelinos, la buba no les resultaba divertida en absoluto. Un chiste puede ser una manera valiente de enfrentarse a una calamidad, o puede ser una manera cobarde. Por mi parte, considero que el chiste isabelino sobre la buba es una actitud puramente cobarde. No pensaban que fuera gracioso, porque ¡Dios que *no* lo era! Ni siquiera la falta de pestañas y los dientes arruinados de la pobre Isabel eran divertidos. Y todos estaban al tanto. Quizás no hayan sabido que esto era consecuencia directa de la buba: aunque es probable que sí lo supieran. En cualquier caso, el hecho es que ningún hombre puede contraer sífilis, o ninguna enfermedad sexual mortal, sin sentir el recorrido del espanto más demoledor y profundo atravesando la raíz misma de su ser. Y ningún hombre es capaz de ver sin una cierta clase de espanto los efectos de una enfermedad sexual en otra persona. Estamos constituidos de tal manera que nos sentimos inmediatamente espantados y aterrorizados. El miedo y el pavor eran tan grandes que se inventó el chiste de la buba como una huida, y después se impuso el gran ¡shh, shh! El hombre tenía *demasiado* miedo, esa es la verdad.

Pero ahora que se descubrieron los remedios, necesitamos dejar de sentir *demasiado* miedo. Podemos empezar, después de todos estos años, a hacerle frente al asunto. El daño más temible quedó atrás.

Porque un miedo avasallador es un veneno para la psiquis humana. Y este miedo avasallador como un

espantoso tumor secreto ha estado envenenando nuestra conciencia desde la época de los isabelinos, que fueron los primeros en advertir con pavor el ingreso del veneno sífilítico original en la sangre.

No sé nada de medicina y sé muy poco sobre enfermedades, y los hechos que comento son los que recogí de mis lecturas casuales. Sin embargo, estoy convencido de que la percepción secreta de la sífilis y el terror y espanto secretos y absolutos que producía tuvieron un efecto incalculable y enorme en la conciencia inglesa, y en la estadounidense. Aun cuando el miedo no se haya formulado nunca, ha estado siempre ahí, potente y avasallador. Estoy convencido de que *una parte* del espanto y la desesperación de Shakespeare en sus tragedias surgió del impacto que le produjo su conciencia de la sífilis. No estoy sugiriendo en absoluto que Shakespeare haya contraído sífilis alguna vez. Yo mismo nunca tuve sífilis. Sin embargo, sé y confieso lo profundo que es mi miedo a la enfermedad, y más que miedo, espanto. De hecho, no creo temerle tanto a la enfermedad. Me espanta más bien, íntima y profundamente, la idea de su existencia.

Todo esto suena bastante alejado del arte de la pintura. Pero no tanto como parece. La aparición de la sífilis en nuestro medio le asestó un golpe temible a nuestra vida sexual. La verdadera inocencia natural de Chaucer se volvió imposible después de esto. Incluso el acto sexual de procrear puede traer como una de sus consecuencias una enfermedad venérea, y los nonatos podrían estar contaminados desde el momento de la concepción. ¡Pensamiento temible! Es un pensamiento

verdaderamente temible, y todos los siglos de acostumbrarse a él no nos ayudarán. Sigue siendo un pensamiento temible, y para liberarnos de este pavor temible deberíamos servirnos de todo nuestro ingenio y esfuerzo, no esconder la cabeza bajo la tierra de un chiste estúpido o un “ni lo digas” todavía más estúpido. El pensamiento temible de las consecuencias sobre los nonatos de la sífilis o de cualquier enfermedad sexual sacude el ímpetu de paternidad de todo hombre, incluso el más limpio. Nuestra conciencia es una cosa extraña, y el conocimiento de un hecho determinado puede hierla de muerte, aun cuando no nos toque directamente a nosotros. Y por eso estoy seguro de que *una parte* del complejo parricida de Shakespeare surgió del sentimiento de que los padres podían transmitir la sífilis, o sus consecuencias, a sus hijos. Ni siquiera sé si Shakespeare estaba realmente al tanto de las consecuencias que tenía para un niño haber nacido de una madre o padre sifilíticos. Quizás no lo estaba, aunque lo más probable es que sí. Pero definitivamente estaba al tanto de los efectos que tenía la sífilis, especialmente en los hombres. Y esto afectó profundamente su imaginación sexual, su instinto de paternidad, e introdujo un elemento de terror y aborrecimiento allí donde el hombre debería sentir todo menos terror y aborrecimiento, en el acto de procreación.

El elemento de terror-espanto que entró en la imaginación con respecto al acto sexual y de procreación fue responsable al menos en parte del desarrollo del puritanismo, la decapitación del rey Carlos I de Inglaterra y de Escocia y el establecimiento de las colonias de Nueva

Inglaterra. Si fue realmente América la que nos envió la sífilis, recibió a cambio el repliegue absoluto del espanto ante ella en el puritanismo de Estados Unidos.

Pero el elemento de terror-espanto llevó a la mutilación de la conciencia del hombre, lo que es todavía más profundo. El ser sexual y procreador es muy elemental en el hombre, y de este ser sexual y procreador dependen muchos de sus instintos más profundos y el flujo de su intuición. Un instinto profundo de parentesco une a los hombres, y el parentesco de carne y hueso mantiene en movimiento la cálida corriente de conciencia intuitiva fluyendo entre los hombres. La verdadera conciencia que tenemos unos de otros es intuitiva, no mental. La atracción entre las personas es realmente instintiva e intuitiva, no es un asunto del juicio. Y en la atracción mutua quizás se encuentre el placer más profundo de la vida, una atracción mutua que puede hacer que nos "guste" nuestro compañero de viaje durante las dos o tres horas que compartimos, y luego deje de hacerlo, o una atracción mutua que puede profundizarse hasta convertirse en un amor poderoso y durar toda una vida.

El elemento de terror-espanto le asestó un golpe a nuestro sentimiento de comunión física. De hecho, casi que lo aniquiló. Nos hemos convertido en seres ideales, criaturas que existen en la idea, los unos para los otros, en vez de en un parentesco de carne y hueso. Y con el colapso del sentimiento de parentesco físico, de carne y hueso, y la sustitución por una unidad ideal, social o política, llegó el fracaso de nuestra conciencia intuitiva, y la gran inquietud, el *nerviosismo* de la humanidad.

Tenemos *miedo* de los instintos. Tenemos *miedo* de la intuición que llevamos dentro. Suprimimos los instintos, y amputamos nuestra conciencia intuitiva mutua y del mundo. La razón es cierta conmoción inmensa producida en el ser procreador. Ahora nos conocemos mutuamente solo como entidades ideales o sociales o políticas, sin carne, sin sangre y frías, como las criaturas de Bernard Shaw. Estamos intuitivamente muertos los unos para los otros, nos enfriamos.

Pero solamente por la intuición puede el hombre ser *realmente* consciente del hombre, o del mundo viviente, sustancial. Solamente por la intuición puede el hombre amar y conocer, sea a una mujer, sea el mundo, y solamente por la intuición puede poner de nuevo ante sí las imágenes de percepción mágica que denominamos arte. En el pasado los hombres ponían ante sí imágenes de percepción mágica, y ahora la convención consiste en admirar estas imágenes. La convención dice, por ejemplo, que debemos admirar a Botticelli o Giorgione, entonces Baedeker les pone estrellitas a los cuadros, y nosotros los admiramos. Pero es todo una farsa. Incluso quienes se emocionan con estas pinturas antiguas, aun cuando digan que les producen éxtasis, no hacen más que experimentar una excitación cerebral. No se tocan sus reacciones más profundas, las del fondo de su cuerpo intuitivo e instintivo. No se las puede tocar porque están muertas. Un cuerpo intuitivo muerto se pone de pie ahí delante y mira fijamente el cadáver de la belleza: por lo general está absoluta y sinceramente aburrido; a veces siente un destello mental que denomina éxtasis o respuesta estética.

La gente moderna, particularmente los ingleses y los estadounidenses, *no pueden* sentir nada con toda la imaginación. Pueden ver el cuerpo viviente de las imágenes tan poco como un ciego puede ver el color. La visión imaginativa, que incluye la percepción física intuitiva, *les falta*. Pobrecitos, en ellos esta visión está muerta. Y se ponen de pie frente a una *Venus* de Botticelli, de la que saben que es convencionalmente “bella”, como un ciego podría ponerse de pie frente a un ramo de rosas, un clavel y una flor mono, diciendo: “¡Ay, díganme cuál es roja, déjenme sentir el rojo! ¡Ahora déjenme sentir el blanco! ¡Ay, déjenme sentirlo! ¿Qué es esto que estoy sintiendo? ¿Flor mono? ¿Es blanca? ¡¿Ah, dicen que tiene manchas amarillas y marrón anaranjado?! ¡Ay, pero no puedo sentirlo! ¿Qué *puede* ser? ¿Es blanco aterciopelado, o simplemente sedoso?”.

¡Así es con el pobre ciego! Sin embargo, es capaz de tener una percepción aguda de la belleza viviente. Simplemente mediante el tacto y el olfato, si sus intuiciones están vivas, el ciego puede tener una experiencia de la imaginería genuina y capaz de satisfacer su alma. Pero no imágenes pictóricas. Estarán para siempre fuera de su alcance.

Así es con estos pobres ingleses y estadounidenses frente a la *Venus* de Botticelli. Miran fijamente con tanta fuerza, efectivamente *quieren* ver. Y su vista es perfecta. Pero todo lo que pueden ver es una mujer desnuda sobre una especie de caracola que está en algún tipo de agua verdosa bonita. Por regla general, les disgusta la “falta de naturalidad” o “afectación” de la pintura. Si son cultos,

quizás obtengan pequeñas emociones autoconscientes de excitación estética. Pero la percepción imaginativa real, que es en gran medida física, les está negada. *Ils n'ont pas de quoi*, como dijeron los franceses de los ángeles cuando se les preguntó si hacían el amor en el cielo.

¡Ay, el querido intelectual que mira fijamente en una especie de éxtasis y obtiene la emoción mental correcta! Sus pobres cuerpos cultos se ponen de pie ahí como basureros muertos, y ya no pueden sentir el influjo de la imaginería completa en ellos más de lo que pueden sentir cualquier otro flujo real. *Ils n'ont pas de quoi*. Los instintos e intuiciones están tan cerca de haber muerto en ellos, y les temen incluso a sus restos frágiles. Su miedo a los instintos e intuiciones es incluso mayor que el del inglés Tommy, que dice: “¡Ey, Jack! ¡Ven y mira esta chica desnuda a la que le escupen dos tipos!”. Esta es la visión que tienen de la *Venus* de Botticelli. Para él está completa, porque carece de imaginación visual. Pero al menos no tiene que elaborar una excitación cerebral, como hace el intelectual que en realidad está igualmente vacío.

Todos por igual, cultos e incultos, siguen estando dominados por este pavor y odio sin nombre, pero que avasallan los instintos en lo profundo de su cuerpo, pavor a la extraña percepción intuitiva del cuerpo, pavor a todo menos a las ideas, que *no* pueden contener bacterias. Y todo este pavor se retrotrae al pavor al cuerpo procreador, y es parcialmente atribuible a la conmoción que produjo la conciencia de la sífilis.

El pavor a los instintos incluía el pavor a la percepción intuitiva. “La belleza es una trampa”, “La belleza